

## FARSA Y LICENCIA DE LA REINA CASTIZAL

reducido a la lectura de un corto número de libros. La personalidad del carcelero puede deducirse del hecho que no es capaz de distinguir una obra de un volumen. Los amigos de Jovellanos no están autorizados a aliviar su soledad con un surtido variado de libros, aun dentro del número señalado en las instrucciones del gobernador, pues aquel cuenta las obras literarias por piezas, y una buena edición de Cicerón, por ejemplo, lo considera una biblioteca completa.

Desde su restauración en el favor real, el Príncipe de la Paz ha acrecentado su influencia de modo paulatino y constante. Habiéndose agotado ya los usuales títulos honoríficos, se ha recreado expresamente para él la anticuada dignidad de Alto Almirante, justo en el momento en que los marinos de su país de usted nos han dejado sin un barco. Dicha dignidad lleva consigo emolumentos copiosos y un tratamiento de alteza, y una brigada de Caballería, compuesta de hombres selectos de todas las ramas del Ejército, ha sido conferido últimamente al Alto Almirante en calidad de guardia de honor. En una palabra: su poder, aunque delegado, no tiene límites, y se le puede denominar, en toda propiedad, el soberano interino de España. Gracias a la elevación sin precedentes de su favorito, el Rey ha satisfecho sus más caros deseos de mantenerse perfectamente al margen de cualquier ocupación que no sea la caza, a la que se consagra exclusivamente cada día del año. Soler, el ministro de Hacienda, se encarga de trasquilar al pueblo, y Caballero, en el Ministerio de Gobernación, de mantenerlo en la debida sumisión e ignorancia. Le daré a usted tan sólo un botón de muestra de estas dos lumbres y de sus principios.

En Valladolid existe desde hace siglos la costumbre de usar el convento de dominicos de la ciudad como una especie de Banco para depositar sumas de dinero, como se hacía en los templos antiguos, en circunstancias similares de ignorancia del comercio e inseguridad de la propiedad. Informado Soler de que los monjes tenían en sus manos un considerable depósito, declaró que «tanto dinero ocioso perjudicaba gravemente al Estado» y se adueñó de él, probablemente para entregarlo a la Reina, cuyas incesantes demandas constituyen el capítulo de gastos más apremiante y elevado del presu-

puesto español. Los monjes recibieron, a cambio, papel del Gobierno que los acreedores podían vender, si lo deseaban, con un descuento de un 80 por 100.

Caballero, temiendo el progreso de toda ciencia que pudiera perturbar la paz de la corte, envió, no hace mucho, una circular a las universidades en la que prohibía el estudio de la filosofía moral. «Su Majestad —decía la orden— no necesita filósofos, sino súbditos leales y obedientes».

Merced al ejercicio eficaz de este sistema, la Reina dispone de tanto dinero e influencia como desea y, en la imposibilidad práctica de refrenar los galanteos de su *cher ami*, ha vencido tan perfectamente sus propios celos que no sólo es capaz de vivir con él en amistosísimos términos, sino que emula también con su afición al cambio del modo más impudente y abierto.

Celebro haber acabado con la monstruosa suma de escándalos a la que el estado de la corte ha conducido inevitablemente mi pluma. Mucho, realmente, queda en el tintero; pero no puede omitir una historia original y perfectamente auténtica, que, por aclarar el misterio de la, de otro modo inexplicable, ceguera del Rey respecto a la conducta de su esposa, la justicia exige que se haga pública: el mundo verá que la apatía de Su Majestad no proviene de alguna indiferencia deshonrosa por lo que el común de los hombres estima un punto de honor capital, sino que la paz y tranquilidad de su espíritu se fundan en un sistema filosófico —ignoro si físico o moral— que es, creo, exclusivamente suyo.

El viejo duque del I... —sobre la autoridad de cuya esposa le transmito la anécdota— se hallaba una vez con otros Grandes en presencia del Rey, cuando Su Majestad, estando en vena de charla, emprendió una conversación bastante festiva sobre el bello sexo. Discurrió un buen rato sobre volubilidad y caprichos, y rió de los peligros de los maridos en estos climas meridionales. Habiendo agotado sus bromas sobre el tema de los celos, concluyó con un aire de triunfo:

—Nosotros, las testas coronadas, tenemos esta gran ventaja sobre los demás, a saber, que nuestro honor, como le llaman, está siempre a salvo, pues, aun suponiendo que las Reinas fueran propensas a faltar como algunas de su sexo, díganme, ¿dónde encontrarían Reyes y Emperadores para galantear con ellas? ■ B. W.

## LA EDUCACION DE PALMIRA

Nuria Pompeia • Manolo V



PERO, ¿CÓMO QUIERES TENER ÉXITO CON ESTA FACHA Y ESOS PELOS?..



TENDRIAS QUE ARREGLARTE UN POCO MÁS, PALMIRA. VES A LA PELUQUERÍA, PONTE UN CRUZADO MÁGICO, NO SÉ, HAZ ALGO...



POBRECILLA, LE DIGO ESO PARA ANIMARLA, PERO, YA VÉS QUE NOTIENE REMEDIO...



¡PALMIRA!!... ¿QUÉ HAS HECHO CRIATURA? ¡QUE DISPARATE! ¡HAS PERDIDO COMPLETAMENTE TU PERSONALIDAD, QUE ERA TU MAYOR ATRACTIVO!..